

Fanny Rabel. Pintar la soledad

Miguel Arturo Mejía-Martínez

El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión.
Por eso cada vez que se siente a sí mismo
se siente como carencia de otro, como soledad.
Octavio Paz

Hace unos días, mientras caminaba muy temprano por las calles de Montreal, me encontré con la remodelación de una unidad habitacional en el centro. Me quedé algunos instantes mirando los trabajos porque un camión que recogía escombros cerró la circulación a vehículos y transeúntes. Lo que más llamó mi atención fueron los paneles de yeso utilizados por los albañiles para dividir un apartamento del otro, inclusive del exterior. En la tarde, cuando volví a pasar por el lugar, la obra estaba concluida, lista para habitarse, y todo permanecía en calma.

Este acontecimiento atrajo mi curiosidad porque justamente el día anterior me había topado con un catálogo de la artista eslovena Marjetica Potrč, cuya obra reflexiona sobre el hábitat humano (Potrč, Torres, *et al.*, 2003). Ella comenzó a realizar proyectos *in situ* e instalaciones arquitectónicas con una interrogante en mente: ¿quién habita a quién?, ¿el habitante al espacio habitable o viceversa? Yo agregaría otra, ¿alguna vez habitamos un sitio?

Regresé a mi apartamento y después de leer largo rato en silencio pude notar que de entre las paredes se filtraban rumores, sonidos que a veces resultaban indescifrables y otras más reverberaban una noche de pasión o el marcador del último encuentro de *hockey*. Disonancias suspendidas en el aire, secretos sin dueños: habitantes de una ciudad desechable que nos instiga a creer que estamos cohesionados a una entidad política latente, aunque la mayor parte del tiempo sólo estemos navegando entre sombras fugitivas (de las que bien podríamos ser una más).

¿Quién habita a quién?, ¿es verdad que nuestra intimidad no es más que un argumento falaz para resarcir esa necesidad de pertenencia tan inherente (y exclusiva) al ser humano?, se pregunta Fanny Rabel en su dibujo de 1980 *En condominio*,¹ donde encontramos fantasmas humanoides amotinados dentro de pequeños cuadros sin perspectiva, mimetizados con una realidad que no entienden, pero de la que no pueden escapar porque se encontrarían solitarios en un limbo insoportable, despojados de algo que ciertamente nunca les perteneció. La fuerte elocuencia del trazo de la artista en esta obra más que evidenciar la búsqueda de una evolución de su lenguaje plástico tiene implícito un ejercicio de introspección personal. Su misma vida puede ser el ejemplo perfecto del nómada al que su condición orilla a desplazarse constantemente, al que no le queda otra cosa que aprender a habitar ciudades invisibles y dejar a su vez que éstas entren violentamente en él. Las figuras delineadas con cargados contrastes de pigmento sobre el papel parten de una fina e inoportuna interpretación que Rabel se ha encargado de traducir desde lo más descarnado de su soledad.

Hija de actores ambulantes judíos, desde su nacimiento en 1922 en Lublin, Polonia, Fanny Rabinovich Duval, mejor conocida como Fanny Rabel, estuvo habituada a quedarse poco tiempo en las ciudades que visitaba. Desde un kindergarten en Chernobyl hasta paseos dominicales en los parques de París, la artista nos cuenta que su infancia estuvo marcada por el viaje, un deambular constante que las políticas nazis en su Europa natal frenaron por estar ataviada con la piel y la sangre incorrectas. Es por tal motivo que su llegada a México, con catorce años de edad, se da por la puerta de los oprimidos, de los vulnerables, de los indignados, pues con ellos es con quienes mejor puede congeniar a sabiendas de que son los proscritos del sistema, los que siempre están de más y no pertenecen a ninguna parte. En consecuencia, estas circunstancias adversas fincarán las bases de su poética artística.

Un relato desde las madrigueras de una intimidad tempestuosa, una metodología de aprehensión y pertenencia, un diálogo con un entorno desconocido, eso es la obra de Fanny Rabel, la primera mujer muralista de México, fiel heredera del activismo político y social de Diego Rivera y Frida Kahlo.

1 Todas las obras de Fanny Rabel referidas en este documento pueden ser consultadas en el enlace <http://concursofannyrabel.blogspot.mx/>



Migraciones (2015). Óleo: Laura Contreras.

La soledad siempre jugará un papel de vital importancia en muchas de sus imágenes. En *El sol, la sombra y la soledad*, obra de 1971, la artista construirá toda una alegoría en torno al sentimiento de aislamiento que trasciende las fronteras geográficas y del tiempo. La escena es casi onírica, como salida de la Comala de Juan Rulfo o de los áridos paisajes de Francisco Goitia. No sabemos si el lugar pertenece a una escuela, a una unidad habitacional, a una calle o incluso a un orfanato, todas las interpretaciones pueden caber. El sombrío personaje principal guarda su distancia de una reunión que transcurre detrás de él, ignoramos también si por voluntad propia o porque fue expulsado del grupo.

Las expresiones de quienes forman el círculo son indistinguibles, sus cuerpos se camuflan con el espacio circundante. En la imagen yacen tres fragmentos que parecieran formar parte de distintos escenarios, pero en su conjunto narran cómo a final de cuentas el individuo se queda solo: el primero es el grupo de niños (la aglomeración); el segundo, el pequeño con

vestimenta negra, quien ocupa una tercera parte del cuadro (la falta de comunión); el tercero es el territorio psíquico inaccesible que se constituye a partir de la mirada extraviada del niño solitario (el ensimismamiento).

Fanny Rabel recurre a los trazos toscos y fortísimos como un registro pulsional, característica que utilizará posteriormente en su obra *En condominio* y en la mayor parte de sus experimentaciones visuales. Esta manufactura pictórica, puesta en boga por los realistas e impresionistas europeos de finales del siglo XIX y acogida por el ímpetu revolucionario de la escuela mexicana de pintura, es también un reclamo de individualidad dentro de una sociedad acostumbrada a la producción en masa y la despersonalización, aunque irónicamente erigida sobre el egoísmo y la indiferencia.

En *Ya no cabemos*, de 1978, Rabel nos muestra un grupo de gente recluida en una especie de mazmorra diminuta al punto de la asfixia. Unos encima de otros luchan por acaparar el aire o la luz que proviene del exterior, quizás con la intención de huir de ahí. Sus rostros son irreconocibles, parecieran ser sólo un montón de manchas que se disuelven en un espacio indefinible y desesperante. Este trabajo describe la patología de una sociedad que se dedica a fabricar hombres dependientes y apesadumbrados por la carencia. En un siglo XX donde la adquisición es vanidad y la necesidad un *prêt-à-porter*, el hombre siente una terrible vulnerabilidad al ser medido con los parámetros de los estereotipos inicuos del mercado. Al no estar al nivel necesario del «buen vivir» simplemente se le relega, se le confina en una cloaca o en una prisión de tablaroca donde es exhibido como una cifra más para la gestión de políticas públicas.

Otra obra que sigue este mismo tenor es *La ciudad en marcha*, de 1980, en la que nuevamente Rabel hace alarde de su mirada crítica para mostrar a su espectador que el aumento demográfico en las grandes ciudades responde a la falta de oportunidades de desarrollo en las provincias mexicanas. El mismo título pareciera sugerir de manera sarcástica que pese al avance tecnológico y científico la sociedad enfrenta los mismos problemas que hace un siglo o un milenio. Con un argumento que roza en lo apocalíptico, un puñado de personas se protege de la modernización, fenómeno que tiene lugar a costa de su bienestar. La imagen evidencia aquella noción freudiana en la cual una cultura sólo tiene lugar sobre los escombros de aquella (o aquellas) que ha aniquilado (Freud, 2012). Los indefensos siempre son los sacrificados en aras del ‘progreso’.

En 2009, Marjetica Potrč realizó un proyecto urbano titulado *The Cook, the Farmer, his Wife and their Neighbour*.² En él, la artista ocupó un baldío en las afueras de la ciudad de Ámsterdam, Holanda, situado entre comunidades de inmigrantes y con problemas de delincuencia, para colocar un comedor público y un pequeño jardín con la gestión del ayuntamiento y en colaboración con otros artistas y gente de la localidad. La finalidad de poner

2 La obra está disponible en el enlace <http://www.potrc.org>



Parecido al amor y otras cosas (2015). Óleo: Laura Contreras.

en práctica esta idea fue regenerar el tejido social con base en la convivencia dentro de un sitio puramente recreativo que funcionaba a partir de la colaboración mutua.

Arquitecta de formación, viajera en espacios marginales y comprometida con las causas sociales (Uzcátegui, 2010: 161-174), Potrč, al igual que Rabel, condena el confinamiento físico, cultural y psicológico que el poder económico se encarga de inducir en sus súbditos. Generar la reflexión necesaria para motivar el cambio social es una de las máximas del trabajo de ambas creadoras, aunque con diferentes estrategias. Si bien la pintora mexicana traza cartografías humanas plagadas de una melancólica crudeza en escenarios urbanos, los proyectos de la artista eslovena utilizan la ciudad como el esqueleto de la identidad de quienes residen en ella.

¿Realmente se habita el lugar en el que nacemos, en el que deambulamos la mayor parte de nuestras vidas, en el que viajamos, en el que nos encontramos ahora? ¿Pertenece a él o nosotros somos quienes lo generamos? Yo puedo decir que el sentimiento de correspondencia que nos une a algo o alguien es propio de nuestra naturaleza, aunque sea sólo un breve pestañeo antes de descubrirnos nuevamente inmersos dentro de una soledad que no

podemos destruir. Fanny Rabel lo sabía y en sus personajes está implícita esa búsqueda, en varias ocasiones infructuosa, de una conexión con las otras evanescencias solitarias que encontramos a lo largo de nuestra vida:

son momentos, tan sólo, fugaces, en una vida donde los seres humanos se buscan a tientas, ansiándose y destruyéndose a un tiempo; donde murallas nos alejan unos de otros. Y en esa lucha queda, únicamente, al final del camino, una compañera: la soledad (Rabel, 1962: s/n).

En la actualidad, esta problemática está más presente que nunca. Con la utilización de las redes sociales el espacio humano se ha diluido en códigos binarios en los que el contacto corporal se promueve como algo peligroso, pues hace recordar la muerte, lo frágil. La piel impregnada de las bacterias del ambiente, el vaho sofocante de una voz en llamas cerca de nuestro oído o miradas que no pueden traducirse algorítmicamente: eso es lo que se ha bloqueado en una sociedad hipercomunicada.

En *La medusa*, de 1985, Rabel vaticina el *modus operandi* de aquellos seres que amargamente se sientan a teclear sus *laptops* o sus *smartphones* para interactuar con los demás, aunque rara vez cruzan palabra con quien tienen a un lado. En la parte inferior del dibujo una persona escucha, todos hablan entre sí pero no se conocen, están muy cerca el uno del otro, aunque más bien el diminuto cuadro deformado en el que yacen depositados pareciera dividir planetas. Este trabajo es la continuación de uno realizado en 1978, *Constructivitis incomunicativa*, que refleja el temor al aislamiento provocado por el crecimiento desmesurado de las manchas urbanas.³

La verdad es que las murallas de nuestra soledad sobrepasan las barreras de nuestra carne y se extienden hasta las paredes de tablaroca que débilmente separan intimidades. La soledad nos sigue a cada paso que damos, en el asfalto y en la suciedad del aire que suele respirarse en las grandes ciudades; vagabundea en el sonido estridente de cláxones irritados, de gritos de ambulantes o de balbuceos irreconocibles, inclusive en el silencio de las palabras que no decimos; deambula a nuestro lado en el asiento contiguo del autobús o del metro; yace en las conversaciones intrascendentes, en lecturas forzadas o en las cuasi voces de los Rolling Stones o de Lady Gaga anquilosadas en los reproductores de MP3.

Intercambiamos fragmentos de vida con el lugar en el que nos aposentamos, ése es tal vez el consejo que diálogos como el de la obra de Fanny Rabel pueden darnos. Asimilamos contextos, con sus bondades y sus desacatos, para después buscar exilio en alguna otra parte hasta encontrar un sitio, por azar o destino, en el que podamos sembrar nuestras semillas.

3 Judith Sacal afirma: «Entre la incertidumbre y el trauma, se inaugura un nuevo sentimiento en los habitantes de las grandes ciudades: el miedo. [...] desde el último siglo hasta la actualidad, es inevitable asociar las palabras ‘miedo’ e ‘inseguridad’ al hecho de habitar en una ciudad» (Comisarenco, Torres y Cordero, 2013: 131).

REFERENCIAS

- Comisarenco, Dina, Ana María Torres y Karen Cordero (comp.) (2013), *Para participar en lo justo: recuperando la obra de Fanny Rabel*, México, Impresores en Offset y Serigrafía.
- Freud, Sigmund (2012), *Obras completas* (trad. de Luis López Ballesteros y de Torres), Siglo Veintiuno Editores, México.
- Potrč, Marjetica, Ana María Torres, et al. (2003), *Marjetica Potrč: Urban Negotiation*, Valencia, Institut Valencià d'Art Modern.
- Rabel, Fanny (1962), *La Soledad. Pinturas y dibujos de Fanny Rabel*, catálogo de exposición, México, Salón de la Plástica Mexicana, disponible en <http://concursofannyrabel.blogspot.mx/search/label/Cat%C3%A1logos%20de%20Exposici%C3%B3n>
- Uzcátegui, Judit (2010) "Marjetica Potrč. Caracas: *La belleza del desorden*", *Presente y Pasado. Revista de Historia*, Año 15, núm. 29, pp. 161-174.

MIGUEL ARTURO MEJÍA MARTÍNEZ. Actualmente cursa el Doctorado en Historia en la Universidad Iberoamericana (UIA), México. Obtuvo la Maestría en Estudios de Arte con mención honorífica por la Universidad Iberoamericana y es licenciado en Artes Plásticas por la Universidad Autónoma del Estado de México. En 2013 colaboró como asistente de investigación en el Laboratorio NT2 de la Universidad de Quebec en Montreal (Canadá), que se especializa en el estudio y práctica de las artes mediáticas. Entre 2009 y 2010 realizó una estancia académica en el departamento de Estudios Cinematográficos y de Historia del Arte de la Universidad Lumière-Lyon 2 (Francia). Como artista, su trabajo ha sido expuesto en México, así como en Cuba, Lituania y Francia. También ha publicado textos de análisis y crítica del arte contemporáneo en diversas publicaciones.

Correo-e: miguel.mejiama@gmail.com

Recibido: 18 de julio de 2014
Aprobado: 24 de agosto de 2014